enterrar, se meneó y descosiéndole la mortaja, con admiración de los presentes, dijo cómo había parecido en juicio ante nuestro señor Jesucristo, al cual había visto muy indignado contra toda aquella provincia, y que la mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos y guardasen lo que les decían. Y que ella, por la gracia y misericordia de el Señor, era salva y había de morir en breve; y así fue, que murió a cabo de dos días. A esta india confesó fray Gaspar Rodríguez, de quien arriba se hizo mención, y dice que era buena cristiana, simple y sin vicio.

En Xochimilco trajeron a la iglesia un indio enfermo para que lo confesasen. Salió a confesarlo un religioso que se llamaba fray Diego de Sande; y viéndolo tan al cabo (que ya casi no podía hablar) riñó a los que lo traían, porque no lo habían traído con tiempo. Mas el enfermo le dijo: Padre, no te enojes, óyeme lo que te quiero decir: has de saber que yo no me quería confesar y así no me dejaba traer de mis parientes, que me importunaban viniese a confesarme; mas esta noche, cuando tañían a maitines, yo no podía dormir de dolor de mi enfermedad y estaba solo, porque mi mujer dormía en otro aposento junto adonde yo estaba; y vi que del cielo venía gran resplandor que entró en mi aposento y vi a nuestro señor Jesucristo crucificado, de la manera que está en la iglesia, que me dijo airadamente: Pecador, ¿en qué piensas? ¿Por qué no te vas a confesar con mi sacerdote? Pues sábete que has de morir mañana y según tus pecados habías de ser condenado, mas por sola mi misericordia te quiero perdonar, con que luego te confieses de todos ellos. Y por esto, padre, vengo a confesarme. Confesólo el fraile y luego aquella tarde murió el indio.

## CAPÍTULO XVIII. *De algunos difuntos que por divina voluntad han aparecido a personas particulares para ser socorridos*

ASISTIENDO EL PADRE FRAY GERÓNIMO DE MENDIETA, en el convento de Santiago Tlatelulco, por los años de 1580 (pocos más o menos) vino a él un indio vecino de este pueblo, llamado Pedro, muy afligido, cuya mujer e hijos eran muertos, y entre ellos una hija que tenía doncella, cuya ánima le dijo que le seguía de día y de noche, así en su casa como en la iglesia y a do quiera que iba; no porque él viese cosa alguna, mas de que oía su propria voz que se quejaba, como persona que estaba en mucha fatiga, y a veces hablaba con el niño Jesús pidiéndole también favor, y a veces con el mismo padre; y otras veces nombraba a algunos de sus deudos cercanos que eran vivos, pidiéndoles asimismo que le ayudasen, aprovechándose del lenguaje de Job: Habed misericordia de mí, a lo menos los que sois mis amigos. Y sospechando que fuese ilusión del demonio le preguntó este religioso ¿si estaba confesando y si sabía la doctrina cristiana, y si creía firmemente lo que cree la santa madre iglesia? Respondióle que

era fiel y católico cristiano, y que había confesado y comulgado aquella Cuaresma. Y púsose de rodillas delante un crucifijo que estaba en la pieza donde le hablaba y dijo el Pater Nóster, Ave María y Credo, en su propria lengua. Preguntóle de aquella su hija difunta, si murió sin confesión; díjole que había confesado y comulgado pocos días antes que muriese y que la tenía por doncella muy guardada y sin vicio. Sabido esto rogó a los padres y hermanos del convento que la encomendasen a nuestro Señor para que si fuese ilusión, cesase, y si acaso aquella moza estaba en necesidad hubiese misericordia de ella; y, particularmente, dos religiosos dijeron un día misa por aquella intención; y el mismo día, en la tarde, vino el indio y señalando hacia el cielo (como ellos suelen repartir el tiempo del día, por el curso del sol), díjole que estando el sol en aquella altura, que él señalaba, había cesado de hablarle la voz de su hija y no la había oído más, y que antes de esto nunca la dejaba de oír.

En el pueblo de Acatzinco, confesando fray Rodrigo de Bienvenida a un indio, le dijo que su mujer era muerta y que algunas veces le había hablado de noche quejándose dél, porque no hacía bien por su ánima, diciendo: ¿Por qué no haces bien por mí que ando en pena? ¿Por qué gastas mal lo que yo dejé y no lo gastas en ayudarme? Y que como después hiciese bien por ella nunca más oyó esta voz.

Una india, natural de este pueblo de Tlatelulco, solía confesarse con fray Andrés de Cuéllar, fraile de la provincia de Burgos, el cual, como muriese la india, mostrándose grata a la buena obra que de él en vida había recibido, ayunaba por él y hacía oración a nuestro Señor, suplicándole hubiese misericordia de el ánima de aquel su confesor. Después de algunos días, una noche apareció gran claridad en casa de la india que entraba por el mismo techo de la casa, y de encima de el techo le habló una voz que conoció ser de el dicho fray Andrés, que le dio gracias por lo que había hecho por él y le dijo que hasta allí bien le había sido menester y luego desapareció la claridad y cesó la voz. Esto contó ella al padre fray Juan de Ayora, arriba nombrado.

A fray Miguel de Estiváliz (de quien arriba se hace memoria) por su grande sinceridad, parece que ha querido nuestro Señor revelar algunas de estas cosas ocultas que a otros no se conceden. Siendo este religioso morador en el convento de Tlaxcalla, le apareció un fraile difunto, no una sino muchas veces. Y fue en la manera siguiente. Un viernes en la tarde, estando aderezando el refectorio para que los frailes hiciesen colación, fue por un jarro de agua a la tinaja que estaba junto a la puerta de el refectorio. Y volviendo con el agua, vio entrar un fraile en la oficina de el refectorio (que tenía la puerta junto a la mesa traviesa) muy compuestas las manos y puesta su capilla, y entendió que era un fray Antonio Velázquez que moraba también en aquella casa. Y dijo entre sí fray Miguel, con alguna necesidad habrá entrado a tomar alguna cosa, y así disimuló con él; mas viendo que tardaba y no salía, entró en la oficina diciendo: Acabemos ya, que es hora que salgáis; y como no hallase ningún fraile, pensó que por ventura su sombra o otra cosa semejante le había engañado y no hizo caso

de ello. La misma noche, dadas las tres, después de maitines y salidos todos los frailes de el coro, quedóse allí solo fray Miguel, y vio con la luz que la lámpara de sí echaba un fraile que venía hacia él, muy compuesto, como lo había visto cuando entró en la oficina y díjole: ¿quién sois? El fraile le respondió: yo soy, ¿no me conoces? Y luego le conoció en la voz y le dijo: ¿no sois vos fray fulano, ya difunto? Y él respondió: sí, yo soy, y en esto había estado rostro a rostro delante de fray Miguel parado. Y cuando dijo yo soy, fuese hacía la reja de el coro, y preguntóle fray Miguel: ¿qué buscáis por acá, hermano? A esto respondió; ¿pues no veis lo que busco?, y luego desapareció. Fray Miguel, entendió lo que buscaba, que era que rogasen a Dios por él y fuese derecho a la celda de el guardián (que era fray Francisco de Lintorne) y le contó lo que había visto. El cual por entonces no le dio mucho crédito pensando si sería sueño, habiéndose adormecido en el coro. Después, la noche siguiente, yendo fray Miguel a tañer al Ave María, le tornó a ver en un paño de el claustro y lo conoció muy bien, y vio que se fue hacia el altar mayor. Acabadas las completas fue fray Miguel al guardián y le dijo: padre, verdad es lo que os dije, que esta tarde le he visto otra vez. Entonces lo creyó el guardián y le mandó que otro día pusiese la tumba en la iglesia y que todos los sacerdotes de el convento dijesen misa por él. Y avisó por los conventos comarcanos que rogasen a Dios por un difunto. Otro día siguiente lo vio fray Miguel, desde el coro, estar en el altar mayor, cerca de el santísimo sacramento, y lo mismo otro día después; y otras veces lo había visto en este intervalo de días, en el claustro alto y bajo, que por todas serían siete o ocho veces las que lo vio, y siempre iba hacia el altar mayor, muy compuesto, y al cabo de doce días no pareció más. Este fraile había morado, cuando vino de España, en aquel convento de Tlaxcalla, donde cometería alguna culpa por donde estuviese en aquel lugar haciendo penitencia y purgándola. Después fue a Mechoacán, donde fray Miguel lo conoció y conversó por espacio de dos años y medio que moraron juntos en una casa. Y esta visión declaró fray Miguel, mandado por obediencia de su prelado.

En Mexico un español fue a matar a otro, y aconteció (como las más veces acaece) que el agresor fue muerto y enterráronlo en el convento de San Francisco, y al tiempo que echaron el cuerpo en la sepultura, dio un gran grito espantable de que los frailes quedaron atemorizados, y encomendaban al Señor el ánima de aquel difunto. Era comisario de la provincia a esta sazón, por ausencia de el provincial, el santo varón fray Francisco Ximénez, uno de los doce primeros. Y una noche, después de maitines, fue a la celda de el dicho comisario el padre fray Diego de Olarte para confesarse con él, y estándose confesando dieron golpes en la ventana de la celda, por la parte de fuera, como que llamaban alguno. Entonces el comisario dijo a fray Diego de Olarte que se saliese de la celda. Fray Diego lo hizo y se quedó a escuchar por de fuera y bien oyó lo que hablaba el comisario, aunque no supo con quién, ni entendió la plática; mas sospechó que hablaba con aquel difunto, porque otro día siguiente hizo el comisario un razonamiento a los religiosos en la mesa y les dijo que no tomasen tra-

bajo de encomendar a Dios aquel difunto, porque ya Dios lo había puesto donde había de estar. Esto contó el mismo fray Diego de Olarte.

En la villa de Toluca (que es de el marqués de el Valle) una mujer española, llamada Isabel Hernández, viéndose atribulada fue a contar a su confesor, que se decía fray Benito de Pedroche, cómo estando acostada en su cama había visto, al amanecer, un hombre colgado en su aposento, con el hábito de la misericordia. El confesor le dijo que lo conjurase, si tenía ánimo para ello, y le enseñó el modo cómo lo había de hacer. Aparecióle este hombre otras dos o tres veces, hasta que un día, a la misma hora, estando ella acostada en su cama, con otras mujeres, por el temor que tenía, vio la misma visión y lo conjuró y preguntó, ¿qué era lo que quería? El hombre le dijo quién era y cómo había cuatro años que había muerto en aquel mismo aposento y que todo aquel tiempo había que estaba en el purgatorio, porque había levantado un falso testimonio a una doncella que quería casar un sacerdote honrado, llamado Antonio Freile, por lo cual la doncella no se casó; y que se había confesado de aquel pecado y tenido de él contrición; mas por cuanto no le había restituido la honra penaba todavía en purgatorio. Y que para muestra de la verdad que decía, que le preguntasen al Antonio Freile, si esto era así, y que por morir fuera de Mexico no le había vuelto la honra, que de su parte se la volviesen, y le mandasen decir algunas misas, porque luego saldría de purgatorio; y así se las dijeron y nunca más pareció. Hízose averiguación de esto en Mexico y hallóse ser todo así y a aquella mujer se la volvió la honra, aunque ya era casada, cuando esto sucedió. No se descubre el nombre de el difunto por su honra.

El año de 1595, en esta ciudad de Mexico, a siete días de el mes de mayo, estando Pedro Martínez Morillas, mozo soltero, vecino de la dicha ciudad que tiene la casa junto a San Francisco, en su cama, llamaron a la puerta de su aposento, nombrándole por su nombre. Él preguntó al que llamaba, ¿quién era y qué quería?, díjole el que llamaba que le abriese y que entonces sabría quién era y lo que quería; mas él no le osó abrir y por la mañana fuese al convento de San Francisco y contó a un religioso su amigo, y a otros que presentes se hallaron, lo que le había sucedido. Ellos le dijeron que por ventura serían algunos mancebos amigos suyos que le querían burlar. A esto dijo él que no, sino que entendía sería alguna ánima, porque ya lo había asombrado otras noches. Los religiosos, oído esto, lo esforzaron a que aguardase y le abriese, que por ventura Dios le deparaba aquella ánima para que la socorriese. Otro día, a prima noche, tornó a tocar a la puerta del aposento, a tiempo que quería dormir y le estremecieron la cama y él despertó y se encomendó a Dios, y luego le llamaron por su proprio nombre diciendo: abrid, Pedro Martínez. Él se levantó de la cama y se fue hacia la puerta y le preguntó, ¿quién era? Él dijo que le abriese, que entonces le diría quién era. Preguntóle ¿si era de este mundo o del otro? Respondióle que del otro. Y por saber si acaso era el demonio fuele haciendo preguntas por los artículos de la santa fe; y él respondía que en todos ellos creía y había creído en toda su vida. Y para certificarse si era del otro mundo díjole: dad tres golpes encima de este aposento, lo

cual él hizo luego y los dio, y en un punto se volvió a poner a la puerta, donde antes estaba. Entonces se esforzó el Pedro Martínez y abrió la puerta y vio entrar un bulto que le dijo: Dios os lo pague por haberme abierto la puerta y por haberme aguardado; y dijo más, acostaos en vuestra cama, y él se acostó, y el bulto se asentó a los pies de ella; y le pareció al Martínez, que el bulto estaba hecho un hielo; díjole luego su nombre y mandóle que en el altar de el perdón (que está en la iglesia mayor de Mexico) le dijesen treinta misas y se obligase a cierta deuda que le declaró, y que esto fuese dentro de treinta días. Asimismo le aconsejó que no estuviese solo en aquella casa. Y dicho esto vio que se tornó a salir. Otro día siguiente contó a los religiosos lo que le había sucedido, diciendo que no podía decir el nombre del difunto, aunque fuese a su confesor; pero yo supe de un hermano suyo que era su proprio padre el que se le apareció. Quise engerir, entre las visiones de los indios, estos ejemplos, por ser casos notables, y ciertos y que hacen en confirmación de nuestra fe y en confusión de los infieles que carecen de ella.

## CAPÍTULO XIX. *De los favores que el emperador don Carlos, de gloriosa memoria, dio a los indios y a la obra de su conversión y doctrina y ministros de ella*

TRATANDO PRINCIPALMENTE ESTA HISTORIA, la conversión de los indios de esta Nueva España, a nuestra santa fe católica, y los fieles trabajos de los primeros ministros que en esta santa obra se ocuparon, no sería justo dejar de atribuir las gracias y loa que se deben a nuestros católicos reyes de España, sin cuyo calor y favores esta tan dificultosa empresa no pudiera tener efecto, principio, ni medios. Los que de su parte han puesto, quisiera yo tener muy sabido por no quedar corto en materia donde tanto había que se debiera decir; mas cumpliré con referir de los muchos favores que sus majestades han dado, los pocos que habrán venido a mi noticia. El piadosísimo emperador Carlos V, de inmortal memoria, en cuyo reinado se ganó y conquistó para Castilla esta Nueva España, escarmentado del inhumano suceso que había tenido el descubrimiento y conquista de las islas, en tiempo de los reyes católicos, sus abuelos, por fiarse de sus criados y consejeros (puesto que para su Consejo de Indias le proveyó Dios de muy cristianos y fidelísimos oídores, y entre ellos a aquel espejo de virtud, famoso senador, después dignísimo obispo, el doctísimo don Juan Bernal Díaz de Lugo) no se descuidó el católico príncipe, entre sus inumerables y pesadísimos cuidados, de descargar su real conciencia en las obligaciones que tenía a los indios; tomando éste por uno de los más ordinarios de su propria persona, de acudir lo uno a su conservación, en su buen tratamiento, y lo otro a que fuesen, con doctrina y ejemplo, instruidos en nuestra santa fe católica y vida cristiana, que son las dos cargas de